

SUSURROS

N° 12



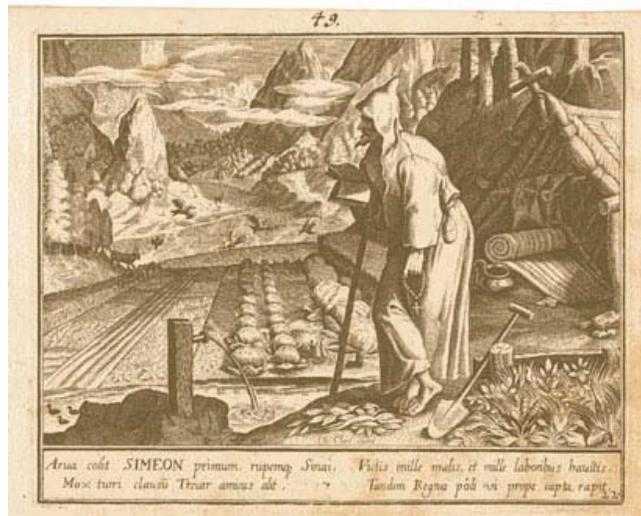
REVISTA COLOMBIANA DE CULTURA, Septiembre 2006 - Editada en Lyon, Francia



*RENIER JARAMILLO NUESTRO ARTISTA INVITADO EN  
SUSURROS II*

## EL OCASO DEL EDITOR

En pleno desarrollo de la era tecnológica y su consecuente apertura del ciberespacio asistimos a una soledad humana pocas veces registrada en la historia. No se trata del ser como individuo sino de pueblos enteros arrasados con sus tradiciones y valores.



La sociedad de consumo avanza en medio de la guerra, convirtiendo en objetos de fácil digestión los sueños y las pasiones, las ideas y los hombres. La gran obra de arte es aquella sometida a este rol de encantamiento, y en buena medida el escritor de renombre no pasa de ser el sello impuesto en el artefacto de uso. La era de Gutenberg, gestora de la modernidad, hoy es una enorme máquina de acumulación y ganancia. Y aquel personaje que una vez hizo posible los Derechos de Autor (el hombre comprometido con una estética, inteligente y refinado, aunque muy consciente de su papel como intermediario entre el arte literario y el público lector) de un zarpazo ha sido molido por la mandíbula del monstruo.

Este “Editor” que alguna vez fue clásico, dotado de un instinto especial para olfatear las peripecias del escritor, con el impulso desmesurado del capitalismo perverso acabó por colgarse una corbata de “nuevo burócrata” y emprender su largo viaje hacia el mercantilismo, trocando su función social en fórmula inagotable de estupidez y sobreexplotación del producto. La sociedad industrial —examinada por Marcuse en cuanto erógena y alienante— abre sus circuitos de transmutación de valores y, en la vía de la deshumanización, siembra

EDITORIAL

**Susurros**

Revista colombiana de cultura  
N° 12, Septiembre 2006

**Redacción**

Abimael Castro  
Hernando García Mejía  
José Martínez Sánchez

**Dirección:**

10 Place Morel, 69001,  
Lyon, Francia  
jefi.geo@yahoo.com



nirvanas allí donde el paraíso cristiano es un mar de contradicciones. A los altos contenidos de la ideología opone una alta dosis de cotidianidad, haciendo de la noticia el único poder codiciado por los magnates de la información. En este infame festín mediatizado, ¿qué habrá sido del editor?

Si de tantos escritores de renombre sabemos que ahora son defensores histéricos del imperio, ideólogos vergonzantes de una independencia destinada a mantener su comodidad de corifeos, del editor conocemos su falsa máscara de hombre de letras, su triste opción de fabricante de pornobasura para reproducir el atraso. Ante su majestad se inclina el escritor local, decidido a vender su pluma al mejor postor y a precio razonable.

Sobre todo en el medio colombiano, este maridaje entre editor mercachifle y escritor sin escrúpulos viene ejerciendo una influencia nefasta no sólo entre las nuevas generaciones sino también en ambientes académicos. El primero promueve el “libro de éxito” como si fuera la gran cosa, y en su pretendida acción de cobertura no ahorra términos como “calidad”, “propósito editorial” y “desarrollo cultural”. De ahí que la verdadera creación literaria sea asunto de soñadores, en el mejor de los casos entregados a resolver problemas de orden estético dentro del complejo entramado competitivo.

Respecto al segundo, su miserable destino de “tinterillo” lo sitúa en el plano de la banalidad. Para él la mezquindad es su única carta de presentación, su tiquete de vuelo hacia el podio de los elegidos. Al lector ingenuo no le queda sino adquirir su “obra maestra”. En ella le ofrecen alternativas para mejorar la autoestima (otro término extraído del conductismo oficial), el éxito y la felicidad. ¡Como si la felicidad pudiera encontrarse a la vuelta de la esquina!

Vistas así las cosas, podemos llegar a una conclusión: si el editor no ha muerto —y hablamos de un auténtico heredero del arte—, sin duda agoniza en un mundo donde lo único que interesa es el sonido de las monedas en la registradora.

## Quando la poesía se escribe sobre las tumbas

*Hernando García Mejía*

I

El poeta Edgar Lee Masters (1869-1950) es un caso bastante curioso en la literatura norteamericana. Abogado profesional y autor de novelas, trabajos biográficos y numerosos libros de poemas, pasó a la historia y a la memoria de los lectores con los famosos epitafios de su Antología de Spoon River, que, aparecida en 1915, suma un total de 250 textos para lápidas destinadas al cementerio de un pueblo no por imaginario menos próximo y visible.



Otro se cayó de un puente mientras trabajaba para su mujer y sus hijos.

El nonagenario, paupérrimo e irresponsable borrachín, que vivió de taberna en taberna y de parranda en parranda, rasgueando las cuerdas de su violín, casi tan viejo como él mismo, le merece al poeta esta hermosa pregunta:

¿Dónde está el viejo violinista Jones  
que jugó con la vida durante sus noventa años  
enteros,  
arrostrando la cellisca con pecho desnudo,  
bebiendo, alborotando, sin pensar en la esposa  
ni en la familia,  
ni en el oro, el amor y el cielo?

Con un poder de síntesis asombroso, Masters hace de cada uno de sus epitafios una crónica biográfica sarcástica y profunda, no obstante su brevedad. Sobre esas tumbas rústicas, abandonadas y circuidas por la maleza, queda, nítida y redonda, la historia de quienes las ocupan. El cementerio está en la colina de la aldea, como un vigía de la eternidad. Y todos duermen en la colina, después de las fatigas y las penas: el minero, el peleador, el trabajador honrado, la que murió de amor, la prostituta, el quemado vivo, el violinista, la amada de Lincoln, el solitario, el ateo, el dentista. Todos callan bajo la tierra. El poeta va contando cómo vivieron y murieron:

Uno se extinguió de fiebre.  
Otro ardió en una mina.  
Otro murió en una trifulca.  
Otro murió en la cárcel.

En el epitafio titulado Anne Rutledge es la enterrada quien habla de sí misma, revelando infidencias de su historia con acento noblemente patriótico:

Brotadas de mí, sin mérito y desconocida,  
las vibraciones de una música inmortal:  
“Con maldad para ninguno, con caridad para todos”.  
Brotados de mí el perdón de millones a millones  
y la faz benéfica de una nación  
resplandeciente de justicia y verdad.  
Quien duerme bajo estas malezas soy yo, Anne  
Rutledge,

amada en vida por Abraham Lincoln.  
Esposa suya pero no mediante unión  
sino mediante separación.  
¡Florece para siempre, oh República,  
del polvo de mi seno!

En esta misma línea de profunda y simplísima  
belleza se da también la confesión autobiográfica  
de Chandler Nicholas, un hombre solitario e  
infeliz, consciente de la inutilidad de su vida y  
de todo lo que hace por dignificarla y  
ennoblecerla. ¿Para qué cuidar la salud? ¿Para  
qué leer y meditar? ¿Para qué ser sociable y  
útil? ¿Para qué nada? ¿Para qué todo? Si  
alguien busca el espejo más terrible  
de la soledad, lea este poema hondo  
de esencia y de amargura:

Todas las mañanas afeitándome  
y bañándome  
y vistiéndome.  
Pero nadie en mi vida para deleitarse  
con mi prolija apariencia.  
Todos los días caminar y respirar  
hondo  
para cuidar mi salud.  
Pero, ¿para qué este vigor?  
Todos los días perfeccionando mi espíritu  
con meditación y lecturas.  
Pero nadie con quien intercambiar el saber.  
No era ágora ni casa de permutas  
para las ideas, Spoon River.  
Buscando, pero nunca buscado.  
Maduro y sociable; útil, pero sin uso.  
Encadenado aquí en Spoon River,  
mi hígado desdeñado por los buitres  
¡y por mí mismo devorado!

“Versado en los argumentos de los infieles”, El  
ateo de la aldea, también parlante en la colina,  
reconoce verdades fundamentales como aquella  
de que “La inmortalidad no es un don sino un  
logro”. Uno se imagina al hombrecito vestido de  
negro, transitando por las polvorientas callejas

de la aldea y tratando de convencer a los  
atareados vecinos de que Dios no existe. Hasta  
que llegó la tuberculosis y encontró, leyendo  
entre toses y esputos, la luz para comprender  
el misterio de lo verdadero:

Oid, jóvenes discutidores de la doctrina  
de la inmortalidad del alma,  
yo, que aquí yazgo, era el ateo de la aldea.  
Locuaz y polémico, versado en los argumentos  
de los infieles.  
Pero en el curso de una larga enfermedad,  
mientras tosía hasta reventar,  
leí los Upanishads y la poesía de Jesús,  
que encendieron una antorcha de  
esperanza e intuición  
y deseo que la Sombra,  
guiándome rápidamente a través  
de las cavernas de tiniebla,  
no podría extinguir.  
Escuchadme, vosotros que vivís  
en los sentidos  
y que sólo a través de los sentidos  
pensáis:  
La inmortalidad no es un don.

La inmortalidad es un logro;  
y sólo aquellos que luchen con todas sus fuerzas  
llegarán a poseerla.

El dentista Sexmith formula una crítica severa a  
los abusos del industrialismo y del capitalismo  
salvajes, que todo lo desplazan y expropián, y,  
con preguntas tan demolidoras como  
incontestables, pinta la realidad social de la  
aldea, nombrando víctimas y victimarios,  
abusadores y abusados, y recordándonos, de  
paso, que la historia en este aspecto no ha  
cambiado sino que, por el contrario, no hace  
más que repetirse sin cesar:

¿Pensáis que odas y sermones  
y el repiqueteo de las campanas de la iglesia  
y la sangre de hombres jóvenes y viejos,  
martirizados por la verdad que vieron

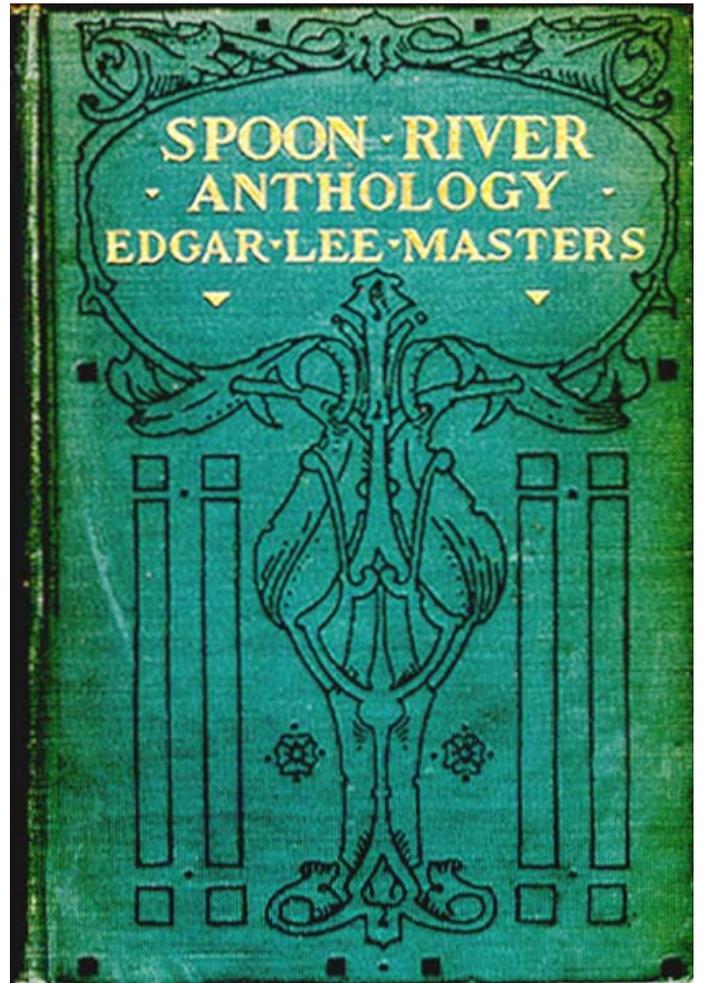


con ojos brillantes por la fe en Dios,  
 lograron las grandes reformas del mundo?  
 ¿Pensáis que el Canto de Batalla de la República  
 se habría oído si el esclavo en venta  
 hubiera compensado al dólar dominante,  
 pese a la desmotadora de Whitney,  
 al vapor y las laminadoras, pese al hierro,  
 los telégrafos y la mano de obra blanca y libre?  
 ¿Pensáis que a Daisy Fraser  
 la habrían puesto de patitas en la calle  
 si las fábricas de conservas no hubieran  
 necesitado  
 su casita y su terreno?  
 ¿O pensáis que el garito  
 de Johnnie Taylor y la taberna de Burchard  
 los habrían cerrado si el dinero perdido  
 y gastado en cerveza no hubiera pasado,  
 al cerrarlos, a Thomas Rhodes  
 para que vendiera más zapatos y cobijas,  
 capas para niños y cunas de roble dorado?  
 Vamos, que una verdad moral es un diente hueco  
 que hay que apuntalar con oro (1).

Como parece que Masters reconoció una remota filiación clásica de sus epitafios, hemos rastreado en algunos autores y textos de la Antología palatina (2), en la cual, entre epigramas y poemas diversos, tanto serios como satíricos y humorísticos, afloran epitafios de autores como Leónidas, Heráclito de Halicarnaso, Calímaco, Hegesipo, Antípatro y Meleagro. Estos autores trabajaron el epitafio desde la crónica personal del difunto y en sus textos, como en los ya citados de Masters, se evidencia efectivamente una marcada preocupación narrativo-testimonial. Leamos algunos y comparemos.

En el epitafio a una borracha irredimible e insaciable, sobre cuya tumba luce una copa seca, Leónidas ironiza y moraliza de la siguiente manera:

Yace aquí la vieja esponja de tinajas,



la beoda Marónide, sobre cuya tumba  
 hay una copa ática bien visible a todos.  
 Bajo tierra gime, mas no por los hijos  
 ni por el esposo, a quien dejó en la indigencia,  
 sino sólo porque esta copa está vacía.

Heráclito de Halicarnaso escribe sobre Aretemíade, mujer muerta durante un parto de mellizos. Ahí también se cuenta una historia mínima pero completa, embellecida, además, por la ternura:

Recién removida la tierra, se agitan las hojas  
 no marchitas aún en torno a la estela;  
 la inscripción, caminante, leamos por ver si nos dice  
 de quién eran los secos huesos que recubre:  
 “Soy Aretemíade; Cnido es mi patria; Llegada  
 al lecho de Eufión, tuve dos hijos de un parto;

dejé uno que fuera el apoyo del padre provector y al otro en memoria de mi esposo me traje”.

Hegesipo describe el naufragio en que pereció el poeta Abderión:

Maldito aquel día y maldita la noche sin luna y el terrible estruendo de la mar ventosa que la nave volcó, por la cual Abderión el meliflúo suplicó a los dioses sin que éstos le oyeran. Y así lacerado quedó y le llevaron las olas a la áspera Sérifos, donde unos piadosos amigos al fuego le dieron y luego a su patria Abdera le enviaron en áurea urna.

Antípatro cuenta cómo Alcímenes, campesino cuidador de sembrados y desterrador de aves dañinas, fue mordido, en un descuido, por una serpiente venenosa que le produjo la muerte:

Yo, Alcímenes, siempre espanté al estornino y la grulla  
bistonía, que a los cielos se llevan las semillas;  
tendía los brazos trenzados de mi honda de cuero  
y así rechazaba las bandadas de aves.  
Mas hirió mi tobillo el reptil de la sed, inyectando  
en mi carne la acerba bilis de sus quijadas,  
y del sol me privó; no vi, pues, por mirar a los  
aires,  
el daño que a mis pies contra mí venía.

Finalmente, en su propio epitafio, el charlatán Meleagro cuenta lo suyo, escrito ya en avanzadísima edad y previendo que “quien llega a la vejez del Hades no anda lejos”:

La isla de Tiro me crió, fue mi tierra materna  
el Ática de Asiria, Gádara, y nací de Éucrates  
yo, Meleagro, a quien dieron antaño las Musas  
el poder cultivar las gracias menipeas.  
Siro soy. ¿Qué te asombra, extranjero, si el  
mundo es la patria  
en que todos vivimos, paridos por el Caos?

Cuando puse en mi tumba esta lauda mi edad  
era grande  
y el que a la vejez llega del Hades no anda lejos.  
Saluda, viajero, a este anciano locuaz y que  
puedas  
también tú alcanzar mis años charlatanes.

Este ejercicio de búsqueda y confrontación pretende demostrar que Masters, superando evidentemente a sus antecesores, no sólo “reinventó” el epitafio como género poético-narrativo, sino que nos recordó la verdad elemental, pero a menudo olvidada, de que todo tiene su raíz, o, en otras palabras, de que en sangre y en arte todos venimos de los muertos.

Desde el silencio de la colina, los aldeanos enterrados de Masters siguen tan vivos como cuando de verdad creían estarlo. Bajo la yerba de las tumbas sin dolientes, plegarias ni flores frescas, continúan repitiéndonos, gracias a la magia del poeta, la crónica de sus gríseas vidas.

Vivos, vivísimos, nos demuestran, a la vez, que, con ellos, también sigue vivo, vivísimo, su cantor y amanuense final, cuyo epitafio bien podría ser este:

Aquí yace Edgar Lee Masters,  
un poeta especializado en epitafios.  
El suyo lo escribe ahora la yerba.



En cumplimiento de su postrera voluntad, Marguerite Yourcenar ordenó que, ante sus cenizas, se leyeran, entre otros textos, el Sermón de la Montaña, la primera epístola de San Pablo a los corintios, el Cántico de las criaturas de San Francisco de Asís y este pequeño gran poema de la religiosa búdica Ryo-Nan, quien vivió y murió en el siglo XIX:

Sesenta y seis veces han contemplado mis ojos las escenas mudables del otoño.  
Ya he hablado bastante del claro de luna.  
No me preguntéis más.

Pero prestad oído a las voces de los pinos y de los cerros cuando se calla el viento.

La costumbre de los epitafios, acreditada por gente de inteligencia, poder y riqueza, se ha perdido ya casi totalmente, debido en parte a los modernos procesos de cremación y, sobre todo, a la forma como los ritos vinculados a la muerte se han desacralizado y vulgarizado. Ya la gente no respeta a los muertos, verdaderas raíces de los vivos, y sólo quiere quemarlos y olvidarlos cuanto antes. Además, es evidente que ahora no se dan los grandes monumentos sepulcrales de antaño, adornados incluso con estatuas. En Medellín sólo existen en el cementerio de San Pedro, declarado Monumento Nacional por sus conjuntos escultóricos admirables. Un ejemplo es la tumba de Jorge Isaacs con una bellísima obra de Marco Tobón Mejía.

Volviendo a los epitafios, vale la pena recordar algunos, como los inscritos en la tumba de William Shakespeare. Son tres, dos en inglés y uno en latín.

El primero, que pide respeto por el muerto, fue escrito, según se afirma, por el mismo poeta. Dice así:

Buen amigo, por Jesús abstente  
de cavar el polvo aquí enterrado.  
Bendito sea el hombre que respete estas piedras  
y maldito el que remueva mis huesos.

El segundo, comenzado con el “detente”, muy común en los epitafios clásicos, aconseja leer al dramaturgo, cuyo sólo nombre embellece más que todo:



Detente, pasajero, ¿por qué vas tan de prisa?  
Lee, si es posible, a quien la muerte envidiosa  
ha colocado dentro de este monumento: Shakespeare, con quien  
murió la vívida naturaleza; cuyo nombre adorna esta tumba  
mucho más que el mármol, pues todo cuanto ha escrito  
deja al arte viviente como solo paje para servir al ingenio.

El escrito en latín presenta al genio de Stratford como poseedor o heredero de tres ilustres sapiencias de la humanidad:

El juicio de Néstor, el genio de Sócrates, el arte de Virgilio.  
La tierra le cubre, el pueblo le llora, los cielos le poseen.

En Colombia no abundan los epitafios y mucho menos los famosos. El cronista sólo recuerda uno, escrito por el poeta Germán Pardo García, quien vivió la mayor parte de su vida en México D. F., donde fue valorado con nobleza y generosidad hasta el punto de ser candidatizado varias veces al Premio Nobel. En su libro *Mi perro y las estrellas* aparece, cerrando el volumen, este filosófico broche de autodesprecio, con el epígrafe de “fecha a la vista”:

Caminante que ves mi sepultura:  
buscaba la verdad y aquí la supe.  
¡Era un poco de cisco sin ventura!  
Simulé humanidad. ¡Pasa y escupe!

Sin salirnos del lindero mexicano, conviene evocar e incluir uno de los epitafios de Xavier Villaurrutia, figura destacada de la poesía hispanoamericana, célebre por sus Nocturnos, especialmente por el titulado Nocturno en que nada se oye. Su epitafio plantea una novedosa concepción de la muerte como vida y de la vida como muerte:

Duerme aquí, silencioso e ignorado,  
el que en vida vivió mil y una muertes.  
Nada quieras saber de mi pasado.  
Despertar es morir. ¡No me despiertes!

De México volemos a Polonia y busquemos a la poetisa Wislawa Szymborska, Premio Nobel de Literatura en 1996. De su poesía vigorosa y

directa extraigamos La lápida, epitafio crítico y humorístico en el cual figura hasta el computador, adminículo que, según sugiere juguetonamente la anciana poetisa, ha pasado a sustituir al cerebro humano:

Aquí yace, anticuada como una coma,  
la autora de unos poemas.  
El eterno descanso se dignó darle la tierra,  
aunque su cadáver  
no perteneció a ningún grupo literario.  
Pero no hay nada mejor en esta tumba  
que la rima, la maleza y el búho.  
Transeúnte, saca de tu maletín  
el cerebro electrónico  
y sobre el destino de Szymborska  
reflexiona un ratito.

Esta curiosa y sonreída visión de sátira y modernidad en un epitafio, habla magníficamente del espíritu de la polaca, una de esas poquísimas poetisas contemporáneas que invitan a ser leídas sin esfuerzo y estudiadas con cariñoso cuidado.

hergamex@epm.net.co



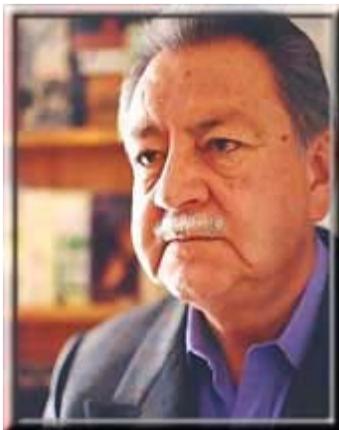
(1) Las traducciones citadas son de E. L. Revol y pertenecen a su antología Poetas norteamericanos contemporáneos. Ediciones Librerías Fausto, Buenos Aires, Argentina, 1976.

En la misma editorial bonaerense apareció también, en 1979, la Antología de Spoon River, preparada, traducida y prologada por Alberto Girri.

(2) Antología palatina (Epigramas helenísticos), Tomo I. Traducción e introducciones de Manuel Fernández-Galiano. Biblioteca Clásica Gredos, Editorial Gredos, S. A., Madrid, España, 1978.

## Universo poético de Fernando Soto Aparicio

Gustavo Páez Escobar



Comienzo por registrar, con honda complacencia, el homenaje que a Fernando Soto Aparicio rindió la Cámara de Representantes al conferirle la Orden de la Democracia Simón Bolívar por su obra benemérita como escritor nacional y latinoamericano. Con ese acto de indudable acierto, la alta corporación destacó el brillante recorrido que ha ejecutado este hijo epónimo de Boyacá por la causa de las ideas y el prestigio de las letras. Toda una vida consagrada al noble ejercicio de pensar y de producir libros, siempre con la mira puesta en la dignidad humana y en la honra de la carrera literaria, merecía tan señalado reconocimiento.

Su obra lo acredita como uno de los creadores más constantes y prolíficos del país. Con motivo de la publicación de su novela “Los hijos del viento”, yo escribía una columna en El Espectador para celebrar su libro número 50. Año y medio después, éstos llegan a 55, con dos proyectos editoriales que vienen en camino. Coincide el suceso de la Cámara de Representantes con el homenaje tributado al escritor por la Universidad Militar Nueva Granada, al rescatar una parte muy representativa de su luminosa obra poética, por medio del libro que lleva por título Las fronteras del alma.

En momentos como los actuales, caracterizados por la frivolidad social y el desprecio de los valores del hombre, premiar el mérito literario y enaltecer toda una vida entregada a las batallas del espíritu,

despierta nuestro ánimo hacia las entidades benefactoras y aviva nuestra admiración hacia este maestro del talento colombiano, que merece los honores de la patria.

El público se acostumbró a ver en Fernando Soto Aparicio un novelista de clase, por encima de otras calidades. Es, sin duda, el género donde más se ha destacado ante

los lectores y el que mayor beneplácito le ha traído a partir de 1960, cuando publicó su primera novela, Los bienaventurados. Desde entonces han aparecido 53 títulos, de los cuales 28 corresponden a novelas, 13 a poesía, 8 a cuentos y relatos, 4 a ensayos.

El éxito obtenido con La rebelión de las ratas (1962), su novela estelar, le abrió el horizonte hacia el campo de la narrativa, en el cual cosecharía triunfos caudalosos. La mente de Soto Aparicio viene estructurada desde muy temprana edad para el arte de la novela. Esto es tan evidente, que a los diez años escribía dos novelas a la vez, que rasgaría tiempo después, privando a la literatura de conocer el mundo curioso, entre sutil y perspicaz, de aquella mente precoz. En efecto: Soto Aparicio ha sido novelista desde siempre.

Pero también es poeta, y de altos kilates. Esto ha pasado inadvertido para algunos lectores, que siempre lo han identificado como autor de excelentes enfoques sociales en el terreno de la novela y no han tenido la oportunidad de llegar a sus predios poéticos.

La primera incursión que se le conoce en este género ocurrió con el poema Himno a la patria, aparecido en el suplemento literario de El Siglo, en agosto de 1950. Lo cual quiere decir que por lo menos doce años antes de salir su primera novela ya era poeta. Aquí también cabe afirmar que ha sido poeta desde siempre.

Otro hecho revelador de su talento poético es el relacionado con su Oración personal a Jesucristo, que escribió a los 20 años de edad, y cuya primera edición tuvo lugar en marzo de 1954, en la página literaria de La República, dirigida por Dolly Mejía, suplemento que dedicó al poema la totalidad de su espacio. En febrero de 1964, también el Magazín Dominical de El Espectador, dirigido por Guillermo Cano, ocupó todo el suplemento con esta producción maravillosa, calificada por el director (tan buen catador de las bellas letras) ??como una de las mejores obras de la literatura colombiana.



La poesía de Soto Aparicio comenzó a decantarse en los tersos paisajes boyacenses, en los que captó la claridad y la armonía de los cielos serenos. Es una poesía que brota con naturalidad y frescura y fluye sin torturas de expresión para producir encanto y emoción. El caudal del pensamiento, de que es tan rica la mente del artista, forma la placidez de las aguas cristalinas y el vigor de los ríos profundos, tono que matiza toda la obra lírica del ilustre boyacense.

Poesía auténtica y pura, sin barnices ni falsas pedrerías y asperjada con el fulgor de la metáfora y la contundencia de la belleza. La sonoridad del verso, el precioso lenguaje y el

rigor gramatical crean la estructura perfecta para que estos poemas posean la musicalidad y donosura de las mejores creaciones castellanas. Para que la poesía cumpla su noble fin es necesario darle el toque de color, la cadencia, la magia, la fulguración de las imágenes, atributos fundamentales para la verdadera factura lírica. Y por supuesto, se requiere poner la propia alma para causar conmoción y asombro. Poesía que carezca de ritmo, latido, eco interior, no es poesía. “¡Ay del poeta que no responde con su canto a los tiernos o furiosos llamados del corazón!”, dijo Neruda.

Soto Aparicio ha seguido al pie de la letra estas reglas de oro, lo que le permite consolidar un

legado inapreciable, que entrega, para delectación de las actuales y las futuras generaciones, en la antología titulada Las fronteras del alma. No pocos de estos poemas se han reproducido en ediciones diversas y ya adquirieron el sello de piezas maestras para

todos los tiempos.

Por obra clásica se considera la que a lo largo de los años se mantiene en el alma del público, árbitro supremo que, por encima de los críticos caducos, sabe distinguir lo que es valioso de lo que es mediocre. Lo que perdura es lo que sirve. Lo demás es ripio.

Nos hallamos, pues, ante un poeta clásico que ha realizado uno de los itinerarios más brillantes en las letras nacionales, y que en el género del soneto atesora verdaderas joyas, por su corte perfecto, su ritmo musical y su refulgente expresión.

Los cuatro capítulos que componen Las fronteras del alma demarcan otros tantos horizontes de lo que ha sido el trajinar sustancioso del escritor por los campos de la poesía:

En Los júbilos del fuego se reúnen 60 sonetos de la mejor estirpe, nacidos al soplo de la emoción amorosa, y en ellos se hace manifiesto el eterno hechizo que hace de la mujer la fuente suprema de la belleza, la admiración y el placer, dones que le dan calor y sentido a la existencia del hombre. Soto Aparicio es, por excelencia, un escritor romántico, no solo en sus versos sino también en sus novelas. El jardín romántico regado por estos 60 sonetos que alborozan el alma, es un recinto de la ternura, la emoción y la filosofía ante el discurrir de la vida.

En Poemas intemporales se reúnen grandes piezas que resaltan la vena social del autor, en su compromiso irrevocable con las causas del hombre. Aquí están Hermano indio, Réquiem por el agua, Oración personal a Jesucristo, Himno de lo cotidiano, Carta de bienvenida a la paz, Réquiem para un niño marino, La tierra joven, entre otras páginas memorables.

Un tema reiterativo es el de la paz, como lo son el de la violencia humana y el de la armonización del hombre con la naturaleza, y en ellos insiste en toda su obra, bien para repudiar el odio y la guerra entre hermanos, bien para clamar por la libertad y la dignidad humana, bien para proteger el espacio y los tesoros terrenales. Esa voz solidaria con Dios y con el hombre exclama en uno de estos poemas: “Pongamos a la paz a



arar la tierra, a que siembre de trigo las laderas y vista de cebada las fontanas”.

En Poemas recobrados, el escritor retorna a sus temas perennes sobre la libertad, la paz, las riquezas del alma, la ternura, los paisajes de la vida cotidiana. En este mundo de llantos y regocijos que es el tránsito del ser humano sobre el planeta, el canto de Soto Aparicio se levanta para iluminar el camino y afianzar los eternos lazos del amor y la

esperanza.

En Las tentaciones de Afrodita, último capítulo del libro, fulgura la mujer plena, en todo su esplendor, su misterio y su embrujo, como la imagen más persistente del alma enamorada. Cabe aquí apropiarme de unas palabras de Vicente Landínez Castro que desde vieja data captan, de manera precisa, los recursos del poeta embelesado ante el hechizo femenino:

“Ha celebrado mimosamente la belleza y los dones del cuerpo y el alma femeninos -¡oh, el eterno femenino goetheano! –, en deliciosos sonetos de clásica factura, recogidos en libros tan cercanos al afecto de las gentes como ‘Diámetro del corazón’, ‘Palabras a una muchacha’ y ‘Sonetos en forma de mujer’”. Y puntualiza Landínez: “Fernando Soto Aparicio es, antes que todo, un poeta. Un enorme poeta. Un eximio cultor del idioma que en cristalinos y musicales versos ha expresado los más hondos sentimientos tanto de sí mismo como de su pueblo”.

Este bello y radiante poemario es, en fin, un toque en el alma sensitiva, en su vuelo por las aflicciones y los goces humanos y en su peregrinar por todas las causas del hombre.\*

[gustavopaez@cable.net.co](mailto:gustavopaez@cable.net.co)

# Veinte años sin Borges

Hace poco se evocaron los primeros veinte años del fallecimiento, en Ginebra, Suiza, de Jorge Luis Borges (1899 -1986), sin duda uno de los más importantes y perdurables escritores latinoamericanos de todos los tiempos. De formación y acento rigurosamente clásicos, el argentino universal representó y encarnó, por encima de todo, la pasión de la lectura y de los idiomas, algunos de los cuales aprendió desde la infancia y habló y escribió con donosura. Poeta, ensayista y cuentista, es difícil saber en cuál de los tres complejos géneros literarios era mejor o más deslumbrante, seductor y eficaz. Lo cierto es que desde su primer libro de poemas hasta los últimos, *La cifra* y *Los conjurados*, su presencia fue continua y su magisterio irrepetible.

El movimiento latinoamericano conocido como boom, más mercantil y publicitario que artístico, no obstante el talento de algunos de sus integrantes, lo dejó por fuera, lo que no logró opacarlo en absoluto, pues la prestancia y validez de su obra eran tan grandes que no necesitaron de artificios coyunturales para

asegurar su presencia y vigencia. Mientras el escándalo de Gabo, Fuentes y Vargas Llosa crecía, el viejo maestro, ya ciego, proseguía sumando a la sombra lectores y adeptos.

El fenómeno continúa veinte años después de su muerte. Algunos escritores han empezado a cansar y a desilusionar, Gabo entre ellos. No así Borges, cuyo culto sigue en aumento de manera segura e indetenible. Leer o releer sus cuentos, sus poemas, sus ensayos, sus magníficos y brevísimos prólogos, sus entrevistas sesudas, plenas de profundidad y de humor, nos hacen mantenerlo en lugar preferencial no sólo en nuestras bibliotecas sino en lo profundo del corazón.

Borges es único. Y el Premio Nobel, que le negaron absurdamente, no le hizo falta para su perennidad.

Sus veinte años de desaparición física no son, pues, de ausencia, sino, por el contrario, de continua presencia estimulante y renovadora.

## Milonga de Borges

Borges no ha muerto, señores.  
Se me hace fabulación  
que esté enterrado en Ginebra,  
llorado por su canción.

Borges no ha muerto, repito.  
Quien está enterrado, acaso,  
es el doble, el otro, aquel  
con quien soñaba al ocaso.

El otro, sí, no hay disputa,  
que observaba en los espejos,  
un cuchillo la mirada  
y un adversario no lejos.

Borges sabía que era  
el gaucho y el escritor,  
Don Segundo y Martín Fierro,  
gentleman y payador.

Y más que escribir soñaba  
—piensa y opina el lector—  
que la sangre y el ancestro  
le ordenaban lo mejor.

El que en Ginebra descansa  
—hueso frío y polvo lento—  
no es el hijo de Leonor  
sino un jinete del viento.

Alma al sol quemante y duro,  
Francisco Borges, abuelo,  
desde Junín le indicaba  
el coraje por desvelo.

Metido en su laberinto,  
cantando al tigre temido,  
¿quién negará que anheló  
ser su garra y su rugido?

En la espiral de su vida  
había una estrella: el valor.  
¡Y cómo brillaba siempre  
en milongas del honor!

Manuel Flores y Chiclana,  
Ño Calandria y Juan Muraña  
le dieron su valentía  
en entreveros de hazaña.



La flor de los cuchilleros  
lo acompañó en el cantar  
y el mito de sangre fiera  
tuvo en su alma un altar.

Ahora nos da por pensar  
que en toda su travesía  
no fue más que aquel mocete  
que a Don Segundo seguía.

Ahora nos da por creer  
que aquel ciego de Florida  
si alguna cosa veía  
era el acero y la herida.

Borges, insisto, no ha muerto.  
Quien yace en la tumba aquella  
es el otro, el cuchillero  
que fue por siempre su estrella.

Borges, Flores y Chiclana,  
Borges, Calandria y Muraña,  
uno y todos, yace allí  
en esa su tumba extraña.

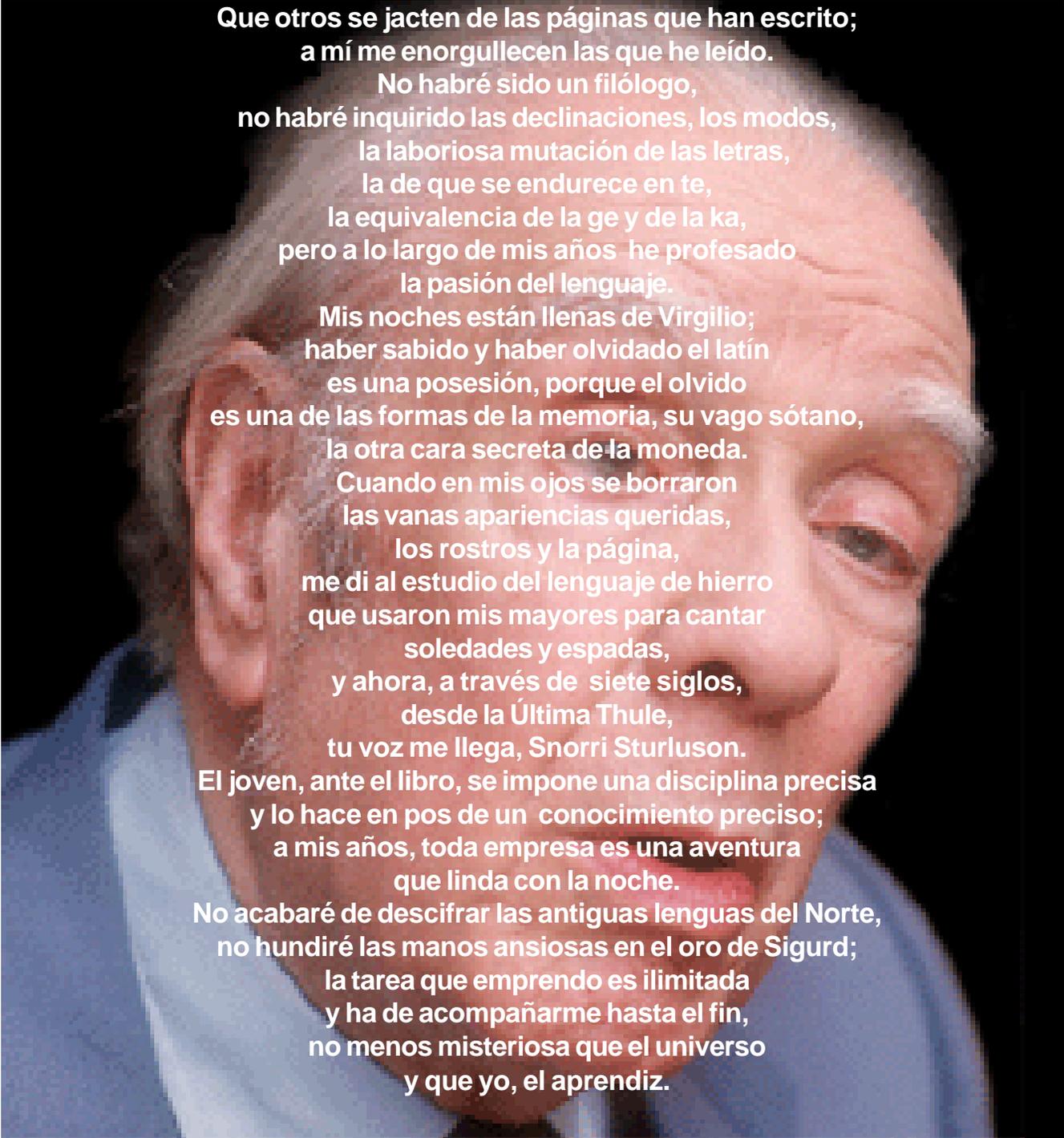
El otro, no: el fabulista  
sigue viviendo su historia  
en cada lector del mundo,  
limpio de ruindad y escoria.

Borges no ha muerto, señores.  
Lo asegura quien ahora  
abre sus libros y siente  
su renacer y su aurora.

*Hernando García Mejía*

## POEMA DE BORGES

### Un lector



Que otros se jacten de las páginas que han escrito;  
a mí me enorgullecen las que he leído.  
No habré sido un filólogo,  
no habré inquirido las declinaciones, los modos,  
la laboriosa mutación de las letras,  
la de que se endurece en te,  
la equivalencia de la ge y de la ka,  
pero a lo largo de mis años he profesado  
la pasión del lenguaje.  
Mis noches están llenas de Virgilio;  
haber sabido y haber olvidado el latín  
es una posesión, porque el olvido  
es una de las formas de la memoria, su vago sótano,  
la otra cara secreta de la moneda.  
Cuando en mis ojos se borraron  
las vanas apariencias queridas,  
los rostros y la página,  
me di al estudio del lenguaje de hierro  
que usaron mis mayores para cantar  
soledades y espadas,  
y ahora, a través de siete siglos,  
desde la Última Thule,  
tu voz me llega, Snorri Sturluson.  
El joven, ante el libro, se impone una disciplina precisa  
y lo hace en pos de un conocimiento preciso;  
a mis años, toda empresa es una aventura  
que linda con la noche.  
No acabaré de descifrar las antiguas lenguas del Norte,  
no hundiré las manos ansiosas en el oro de Sigurd;  
la tarea que emprendo es ilimitada  
y ha de acompañarme hasta el fin,  
no menos misteriosa que el universo  
y que yo, el aprendiz.

## FRIO TERRITORIO

Después  
de algunos rápidos gestos de victoria  
se levantan camposantos  
a diestra y siniestra.  
Salas de ingenuos mutilados  
pasajeros héroes de guerra.

Y en medio del frío sabor de la muerte  
crecen dudas del dolor  
en las malezas.  
Preguntas por cadáveres sin rostro  
arrugas en sus tumbas olvidadas.

## ESTE NOVATO VERANO

Dado por fin  
a las buenas noticias  
en una torre de vigilancia de mi mismo.  
Después de ser molido en la rueda recuerdo  
me arrastre por la hojarasca

la noche  
la nieve.

Lleno de piojos me metí  
en la subterránea  
meditación del cangrejo ermitaño  
buscando algún nirvana.

Fui brujo en los brincos del dolor  
niño expulsado del parque  
loco  
y vacío  
con sentido.

Y a medida que crecía  
desocupando el interior de serpentin  
más respiraba en contra de todas estas leyes  
grabadas en el miedo.

Ni el maestro destino pudo retener este novato  
verano.  
Hoy se han abierto en el prado de nuevo las  
flores del guayabo.

---

### J. Arturo Sánchez Trujillo. Medellín, 1954.

- Premio Radio Habana Cuba. 1975.
- Columnista suplemento literario de Diario El pueblo en Nicaragua. 1978.
- Director Casa de la Cultura de Cauca Asia Antioquia. 1989.
- Profesor de literatura y talleres literarios en Casa de la Cultura de Copacabana. 1990.
- Cofundador del Festival Internacional de Poesía en Medellín. 1990.
- Premio "Poesía Capital" en convocatoria de la Casa de Poesía Silva 2005.

### Publicaciones.

- Sus poemas han sido publicados en revistas y suplementos Literarios, pagina Web de Poetas Del Mundo y en la Antología de Literatura Antioqueña, Clásica y Contemporánea. 2003.
- Poemarios publicados: Ágata 1.994, Baile en el Bosque del Extravío 1996 y Makela Bantú 1998.

### Inéditos.

- Fuego en el Lago. Poemario 2005.
- Cuentos por Cobrar. Novela 2003.
- DÉCIMAS para niños y niñas. 2006

## LA ESPERA DE BECKETT

El retrato de Beckett (premio Nobel en 1969) de Lutfi Ozkok es quizás el más conocido internacionalmente, así como su pieza Esperando a Godot a pesar de su complejidad. Muestra a un hombre de más de sesenta años; impresionan sus ojos, su nariz y cabello aguileños, su aspecto agresivo y su aire lejano.



interminablemente la multiplicidad de las voces, sus ajustes infinitos...”

Y aparece la trilogía Molloy (1951) Malone se muere (1951) El Innombrable (1953) cuyos personajes afectados por una enfermedad monologan, destruyen el lenguaje y esperan la

muerte. En 1952 había escrito Esperando a Godot, pieza que Nadeau vio en París en compañía de Henry Miller.

La lectura atenta de algunas biografías sobre Beckett hace pensar en una estrecha relación entre aspectos de su vida y ciertos rasgos de sus personajes.

El escritor, ensayista y novelista Maurice Nadeau en su importante sección Journal en Public de la revista La Quinzaine littéraire ( No. 756, París 1999 ) se refiere a algunas biografías sobre Beckett, a las circunstancias en que lo conoció en París y al trabajo psicoanalítico de Didier Anzieu.

M. Nadeau conoció a Beckett en París en 1938. Acababa de salir Murphy y tomó una cerveza con él. Después lo encontró varias veces en la revista Lettres nouvelles donde iba a entregar sus relatos y piezas radiofónicas. En otra ocasión lo esperó con impaciencia a que llegara con otros amigos, se sentaron en una mesa del Rouquet en el Boulevard Saint-Germain y permanecieron silenciosos.

James Knowlson, uno de los biógrafos, citado por Nadeau, cuenta que encontrándose Beckett en el muelle del puerto de Dublín en 1946, un día tempestuoso de primavera regresó a su habitación donde tuvo la visión de la obra que escribiría como un retorno a su trabajo anterior. En los años cincuenta Beckett había publicado Murphy, Watt, Mercier y Camier.

Lo vio por última vez en el otoño de 1987 un poco antes de su encierro definitivo; andaba a un paso “vivo, mecánico, nervioso”; un fotógrafo lo fotografía de espalda, Beckett evita el saludo; tiene un aire principesco, dominante, las gentes se apartan.

Tesis psicoanalítica

A propósito de esa visión M. Nadeau se pregunta cómo el autor irlandés iba a darle forma a ese material. Anzieu responde: “Por el libre hablar de una voz que envuelve al lector, una voz que se envuelve a sí misma, una voz que expresa

Otros biógrafos de Beckett (Deirdre Bais, J. Knowlson ) hablan de la relación de amor y odio que él tuvo con su madre, de sus rupturas y abandonos: deja su familia, el colegio, Irlanda, vagabundea...

Por remordimiento regresa temporalmente, su madre muere, ella se negaba a leerlo y lo consideraba un fracasado Pero ninguno de los biógrafos hace referencia al padre.

En 1934 y 1935 se somete a un análisis con el psiquiatra londinense W.R. Bion. Se encuentra físicamente mal, tiene: “ abcesos, forúnculos, uno de ellos en el ano, gripes, dolores articulares, ahogos, constipaciones, bloqueo urinario, punzadas en el bajo vientre, pesadillas e insomnios”, estado que lo afecta moral y psíquicamente.

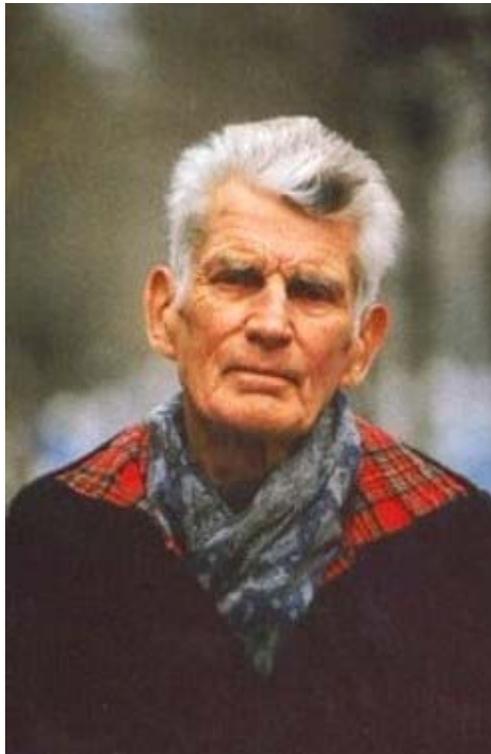
Beckett es consciente de que estos males son “la negación de la vida”. Si no se le hubiera muerto el alma, le confiesa a su amigo Mc Greery, se emborracharía, soñaría despierto, vagabundearía. Según Anzieu, Beckett sabe que ese estado le ha generado “un pensar negativo generalizado” como consecuencia de “sus desórdenes psicosomáticos y de sus conductas aditivas y delictuosas”.

### La espera y la nada

Vladimir y Estragón, dos vagabundos esperan a Godot... La espera continúa en la segunda escena pero aparecen Pozzo y Lucky, unos desconocidos que resultan ser amo y esclavo. Dialogan con Pozzo, le cuentan de la espera; les pregunta quién es Godot y le confiesan que apenas lo conocen. Hay escenas grotescas, divertidas, pequeños incidentes, un monólogo de Lucky, la partida y regreso de los visitantes de ocasión.

Al final Vladimir y Estragón saben que Godot solo vendrá al día siguiente. La incertidumbre los induce a suicidarse, a colgarse del árbol, decisión que aplazan porque sus correas son cortas y frágiles y esperan la aparición de Godot como última carta de salvación.

La espera hace que Vladimir y Estragón experimenten la nada, el mundo sin sentido en que viven.



Adorno cree que Beckett, Joyce, Kafka, Schonberg, Picasso, representan el arte auténtico prevalecido de cierta aura, opuesto a la realidad existente, a las normas y modelos dominantes.

Film, única película de Beckett protagonizada por Buster Keaton muestra a un personaje inmerso en el ambiente de una habitación, en el que el sonido desplaza el relato. El lenguaje desaparece y sólo queda la instancia del pensar en la soledad.

### El hombre alienado

Leo Kofler, pensador polaco que sigue los postulados de la estética de Lukács, en su libro Arte abstracto y literatura dedica un capítulo a Beckett.

Los personajes de Esperando a Godot y Fin de partida según Kofler tienen muchos de los rasgos del hombre alienado de la sociedad burguesa. En esta sociedad predomina una alienación sociológica general. El individuo, la mercancía, la cultura, son masificados por el consumo. El

individuo pierde su libertad, vive un “tiempo muerto” y estéril. La división del trabajo y la especialización (Marx, habla de la proletarización del saber) hacen que el individuo se empobrezca anímica y espiritualmente, reduzca su capacidad crítica, hable el mismo lenguaje, etc.

Los personajes de Beckett pertenecen a ese mundo, pero para Kofler solo viven la alienación interior porque han roto el nexo, el tiempo de la realidad histórica y social.

Viven una experiencia nihilista interiorizada, la nada, la angustia, la desesperación, el vacío, la muerte.

Wladimir y Estragón son personajes reificados o cosificados por su alienación y deshumanización, están fuera del tiempo, de la historia y de lo social. Esperan algo, que abre una esperanza, pero como Godot no llega, la espera pierde sentido.

### Beckett y Brecht

El teatro de Brecht también reconoce la existencia de condiciones de alienación en la sociedad burguesa, pero a partir del hombre histórico y social que las vive e interioriza.

¿ Moderno o postmoderno ?

En un encuentro en La Haya en 1992 de importantes profesores, críticos y directores de teatro, se planteó este interrogante.

La agencia informativa decía que antes de Beckett el interés del teatro recaía en la acción y no en la situación y que esto y la tarea de identificar los personajes beckettianos transformaron el teatro.

Agrega que surgieron dos posiciones: la de quienes lo consideran postmoderno porque sus personajes encarnan un mundo de valores relativos, inciertos y de confusión individual. Y la de los que lo identifican como moderno porque intenta salvar la autonomía del individuo para evitar su desaparición.

Alain Robbe-Grillet, uno de los representantes de La nueva novela, afirma que contrariamente al papel que cumple el actor en el teatro tradicional, Vladimir y Estragón parecen no tenerlo.

Estas interpretaciones son válidas pero relativas y confirman el carácter enigmático de la obra de Beckett.



\* Édgar Bastidas Urresty, doctor en Filosofía y Letras por la Sorbona, de París. Ensayista y narrador. Autor, entre muchos otros, de los libros “Las guerras de pasto”, “Grafismos” y “La violencia universal”.

## Minicuentos

### UNA IDEA MAYORITARIA

Muchos llevamos en nuestro ser los errores antiguos y modernos sobre los cuales quisiéramos elevarnos. Existe una idea mayoritaria de que en todas partes vivimos una lucha continua, entre lo viejo y lo nuevo.

### PAQUETE CHILENO

Venía tan envuelto que hasta su apariencia impresionaba, pero en realidad no sabíamos qué traía en su interior.

### RUMORES

La una rumoraba de la otra. La otra de la otra. El otro del otro. Hasta que el rumor se convirtió en una forma infinita de atrapar incautos.

### MUJERES

Si se observa a las mujeres podemos deducir que: existen mujeres bellas y exuberantes. También hay mujeres buenas. Y las demás, que son la gran mayoría.



\* Antonio Arenas Berrío es narrador y ensayista. Autor, entre otros textos, del libro "Esa gente del barrio".